

La página viva Águila *versus* cisne

José de la Colina

EL ÁGUILA Y EL CISNE

En el otoño, cuando millares de aves huyen del norte para ir a cielos soleados, deja a tu barca cursar por sí sola el río Mississippi. Cuando veas dos árboles más altos que los demás, y uno frente al otro en opuestos márgenes, detén tu esquife y mira hacia arriba. Verás al águila, que, posada en una rama cimera, escudriña toda la extensión de las aguas y escucha hasta los más pequeños ruidos del espeso paisaje.

En el árbol aún más alto de la orilla opuesta se halla de centinela el águila hembra, que de vez en vez lanza un agudo grito para pedirle paciencia al macho, y éste, inclinando el pico y batiendo las alas, responde con un graznido que es como la siniestra risa de un loco.

Patos silvestres, pollas acuáticas y avutardas huyen en apretados batallones arrastrados por el río. El águila los desprecia y esto los salva de la muerte.

Por fin las aves acechantes oyen algo que viene volando sobre la corriente y suena como un largo soplo en un musical instrumento de cobre: es el canto del cisne. Mediante un grito de dos notas, la hembra avisa al macho y éste se estremece y se prepara al ataque dándose dos o tres rápidos picotazos en el plumaje. Ya va a lanzarse en vuelo.

El cisne, blanco como la nieve, se acerca con el cuello extendido hacia delante y los ojos titilantes de inquietud. Su precipitado aleteo apenas basta para sostenerle el cuerpo, y sus patas, replegadas contra el vientre, no están a la vista. Viene ya presintiendo su martirio.

Se oye un grito de guerra y el águila arranca, raudo como el relámpago. El cisne ve a su verdugo, baja el cuello e intenta escapar sumergiéndose en el río, pero el águila, adivinando la astucia, atacando desde abajo de la víctima, amagándole el vientre y las alas con el pico, la obliga a permanecer en vuelo. Esta



John James Audubon pintado por John Syme, 1826

combinación de movimientos da al águila una habilidad de agresión que rara vez le falla. El cisne se debilita, se cansa, pierde la esperanza de salvarse, y su verdugo, temiendo que se hunda en el río, le da un hondo arañazo bajo un ala y lo precipita en caída oblicua hacia una orilla.

No se puede contemplar sin espanto el triunfo del águila: aleteante y aullante de alegría baila sobre la moribunda presa, le hunde las garras en el pecho, bebe del corazón abierto, levanta hacia el cielo la calva cabeza y los ojos inflamados de sangre y orgullo. La hembra se junta al macho, los dos agujerean el pecho de la víctima y se sacian de sangre caliente.

John James Audubon,
The Birds of North America.
(Versión de J. de la C.)

* * *

Esta hermosa y terrible página que se diría escrita por algún poeta en prosa influido por *Los cantos de Maldoror* de Isidore Ducasse, “Conde de Lautréamont”, en realidad pertenece a un famoso libro de ornitología, *The Birds of North America*, del norteamericano

de origen francés John James Audubon, nacido en Les Cayes, Haití, 1785, y muerto en Nueva York, 1851, que fue a la vez un científico naturalista, un pintor de la escuela del neoclásico Jean-Jacques David, y un escritor influido por Rousseau y Buffon.

Audubon, que se autorretrataba con una larga y negra cabellera de tal vez mestizo de francés y mulata haitiana y cargando garbosamente en las manos una escopeta que, decía, utilizaba lo menos posible porque prefería cazar con la sola mirada, ilustró los cinco volúmenes de prosa documental y romántica de su *Ornithological Biography* con cuatrocientas treinta y cinco láminas en colores que contienen mil ciento cincuenta y cinco dibujos de aves norteamericanas, muchas de ellas en su tamaño natural, realizadas durante los once años (de 1827 a 1838) de observación *en vivo* de todas suertes de seres voladores. Obra monumental por su valor científico, literario y artístico, *Las aves de Norteamérica* fue celebrada por el zoólogo Georges Cuvier como “el más bello monumento que el arte y las letras hayan elevado en homenaje a la Naturaleza”.

Esta briosa página que comienza “instalando” un fluvial y boscoso paisaje viviente, sereno y a la vez tenso en el presentimiento de la muerte, y termina como un drama teatral shakespeariano traducido a una prosa entre la del duque de Saint-Simon y las novelas de Victor Hugo, narra la feroz coreografía aérea en la cual, como sanguinarios esposos macbethianos, las águilas macho y hembra acechan, persiguen, hieren, matan al cisne, y luego, tras el sangriento festín, bailan su danza triunfal en torno a ese ave-ángel del que diría Mallarmé que su blancura no lo defiende, como tampoco defendió al albatros de Baudelaire contra “los crueles marineros”. **U**